

### La sala de espera

*Elisa Acuña*

Desde que recuerdo he tenido problemas con mi vista. Cada año tenía que ir con ese doctor raro que veía muy detenidamente cada una de mis facciones. De trescientos sesenta y cinco días del año, me gustaban trescientos sesenta y cuatro. Odiaba ir a ese lugar. Traté, de la manera más sutil, de convencer a mi madre de que fuéramos con otro doctor, otro más intelectual, más eficaz; uno que pudiera de una vez por todas resolver mi problema, pero ella no quiso. Decía que estaban demasiado lejos de casa o que cobraban un ojo de la cara. Yo respondía que si le cobraban un ojo de la cara le podría dar uno mío, total ni siquiera me servían; se volteaba, me daba un golpe en la cabeza y me obligaba a subir al auto. Hacíamos tanto escándalo en la calle que los transeúntes nos veían con miradas airadas, pero ¿yo qué podía hacer? Estaba bajo el yugo y la chancla acechante de mamá, así que me rendía y me guarecía en el asiento trasero mientras escuchaba que el doctor Villarreal era muy cabal y excelente rectificador en el campo de la óptica, a veces, incluso, le llevaba guarniciones y se devanaba los sesos por pensar en la próxima receta que podría cocinar.

Se llegó el día en que debíamos ir a mi revisión anual. La sala de espera me causaba cierto morbo; los cuadros contenían partes del ojo: córnea, pupila, iris y todo eso. Pero lo que más me daba miedo eran los prototipos que estaban sobre un estante dispuestos del ojo más claro al más oscuro. Faltaban algunos tonos pero aun así era muy perturbador. Estaban cubiertos por algún tipo de químico que hacía que brillaran. Tenían un corte transversal por la parte trasera y por eso me sorprendía y a la vez me inquietaba que el ejemplar estuviera tan bien hecho como para ser solo decoración. Observé con mucho detenimiento los colores que faltaban y cuando me disponía a decirle a mamá que faltaban unos como los míos, el doctor se puso frente a mí abatiéndome con su mirada y me indicó que pasara. No me había dado cuenta de que la sala estaba vacía, solo quedábamos mi mamá y yo, que había entrado en otro más de mis trances.

Avancé hacia el consultorio y me senté en ese simpático banco que tenía matices grises y blancos; recuerdo que cuando era más joven, solía pensar que me veía muy alto, como si en lugar de un banco fuera un podio. El doctor me hizo las preguntas de rutina, revisó mis ojos y por enésima vez tuve que hacer ese examen en el que tienes que decir las palabras que alcanzas a ver. El doctor tácitamente se dio cuenta de que no había cambiado mucho mi visión, aunque yo

alegara que veía una infestación de zombies acercarse por la ventana; me miró con zozobra y me dijo que tendría que ir por unos tornillos para ajustarme las gafas; entre tanto, cada dos minutos debía ponerme unas gotas de un frasco que me dio para que ninguna infección incidiera en mi ojo, y viceversa, aunque no entendía cómo mis lágrimas podrían asolar la ciudad. Después salió de la habitación. Es curioso porque cada vez que el líquido me caía en los ojos podía ver menos, en mi cabeza pensé algo como: «Este viejo decrepito ya me dejó más ciego». Comencé a caminar a donde yo creía que estaba la puerta, llamando al doctor para decirle que me había dado las gotas equivocadas. Claro que, con su edad, él debería estar más ciego que yo y su acervo no era tan bueno como el de los oculistas de ahora. Pero no, mi mamá quiere estar recluida aquí y hacerle hasta el uniforme. Incluso pensé que era propenso a una muerte inminente y hasta me dio gusto y me imaginé paseando por la ribera del Mediterráneo. Abrí la puerta y tropecé con algo al salir, solté un vituperio y una mano me tomó del brazo; pensé que era mi mamá, pero cuando escuché la voz del doctor indicándome que regresara a mi asiento me desilusioné. Le pregunté sobre el paradero de mi madre y me dijo que me había tropezado con ella. Sentí un golpe contuso en la nuca y supongo que me desmayé. Cuando abrí los ojos estaba en la sala de espera. Lo único que vi fue al doctor arrastrando un cuerpo hacia el interior. Quise correr pero no pude, no me había dado cuenta de que mi cuerpo no estaba y el que estaba en el suelo, inmóvil, era el de mamá. Fue así que me convirtieron en decoración de interiores.